

El periodista universal

LUISA SANTAMARÍA SUÁREZ
Catedrática de Periodismo
UCM

DAVID RANDALL (1999): *El periodista universal*. Madrid, Editorial Siglo XXI. 266 páginas.

Una de las primeras normas de ética que enumera Joaquín Estefanía en el prólogo del libro de David Randall *El periodista universal*: no extraer información a la gente mediante engaños (los reporteros deben identificarse sin rodeos), contradice frontalmente todos los planteamientos del periodismo de investigación.

El periodista universal, de David Randall fue editado en Londres en 1966 y traducido al castellano hace dos años. Supone un recreo de la tarea total del periodista en una redacción, abarcando todos los temas que éste puede hacer con una enorme amplitud. Podría decirse que abarca varias materias: redacción, ética, derecho, filosofía y en menor medida algunas otras.

Joaquín Estefanía, director de Opinión de *El País* y director de la Escuela de Periodismo de la Universidad Autónoma de Madrid, es, como hemos dicho, el autor del prólogo del libro. Le tacha a este de candoroso, ingenuo y romántico. Y en efecto, así es. Sobre todo en una primera parte que está lleno de consejos paternalistas. Por ejemplo, en la página 38 dice así: *Un reportero necesitará dos cuadernos: uno pequeño para sacárselo del bolsillo o del bolso discretamente cuando esté trabajando cara a cara con la gente; y otro, lo más grande posible, para trabajar por teléfono desde la oficina.*

En su primera parte hace gala de una casuística que hace muy difícil la lectura de los libros de periodismo norteamericanos que no elevan los ejemplos a

normas generales. También recuerda la lectura del manual de Dale Carnegie *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas* y quizá al *Libro de los proverbios* del Antiguo Testamento de la Biblia.

También y dentro de ese apartado recomienda en la medida que sea posible seguir la teoría de las seis W. Y en este mismo apartado Randall, recomienda no usar lugares comunes en el relato y, sobre todo, no corregir la frescura del lenguaje, como comúnmente viene haciéndose en tantas redacciones, con ánimo de unificar los diversos escritos de los periódicos o agencias de noticias.

A partir del capítulo 9, titulado “Escribir para los periódicos”, el libro se hace más interesante y tiene hallazgos importantes, como párrafos ejemplares muy bien escritos en los que estudiosamente no falta ni sobra una palabra, insistiendo en la necesidad de presentar el relato desnudo y de que sea el propio lector el que lo califique. Por su interés y precisión, así como muestra de la esmeradísima documentación reproducimos un relato que exhibe el libro, escrito por Henry Wales, del *International News Service* sobre la ejecución de Mata Hari, la famosa bailarina erótica que inflamó los ánimos de todo París y, acusada de ser espía de los alemanes fue fusilada por los franceses en octubre de 1917. Dice así:

Mata Hari no iba atada ni con los ojos vendados. (Se negó a que se los vendaran.) Cuando el sacerdote, las monjas y su abogado se alejaron de ella, se quedó mirando fijamente a sus verdugos.

El oficial al mando del pelotón de fusilamiento, que había estado ojo avizor para que ninguno de los hombres examinara su arma tratando de averiguar si le había tocado en suerte disparar el cartucho vacío que había en la recámara de un rifle, pareció tranquilizarse ahora que el asunto estaba próximo a concluir.

Restalló una orden seca y los doce hombres colocados en hilera adoptaron la rígida posición de firmes. Otra orden y se llevaron todos los rifles al hombro; todos los hombres dirigieron la mirada y el cañón de sus armas hacia el pecho de la mujer que era el blanco. Ella no movió ni un músculo.

El segundo oficial se había desplazado hacia un lugar donde los hombres podían verlo por el rabillo del ojo. Tenía la espada levantada.

La espada descendió. El Sol –que ya había salido– centelleó sobre la hoja bruñida mientras ésta trazaba un arco en el aire. Al mismo tiempo se oyó el estampido de una descarga cerrada. Una llamarada y una minúscula nube de humo grisáceo salieron por la boca de cada uno de los rifles. Los hombres bajaron las armas automáticamente.

A la vez que se oía la descarga, Mata Hari cayó al suelo. No murió como los actores y las estrellas de los melodramas pretenden hacernos creer que se muere al ser fusilado. No levantó los brazos en alto ni se desplomó de frente ni de espaldas.

Por el contrario, dio la impresión de que se desmayaba. Despacio, exánime, cayó de rodillas con la cabeza erguida en todo momento y sin que en su rostro se viera el menor cambio de expresión. Durante una fracción de segundo, se quedó tambaleándose sobre las rodillas, mirando de frente a quienes le habían arrebatado la vida. Luego cayó hacia atrás, doblándose por la cintura, con las piernas recogidas bajo el cuerpo. Quedó tendida boca arriba, inmóvil, con la cara mirando al cielo.

Un suboficial que acompañaba a un teniente, desenfundó su revólver de la gran pistolera negra que llevaba ceñida a la cintura. Inclínándose hacia delante, colocó la boca del revólver sobre la sien izquierda de la espía, sin llegar a apoyarla del todo. Apretó el gatillo y la bala atravesó el cerebro de la mujer. Mata Hari estaba muerta y bien muerta.

Como puede verse el relato es descriptivo, una pintura hecha con palabras. No le falta ni le sobre ni una sola y tiene una fuerza narrativa que sobrecoge. Tampoco tiene adjetivos, y a pesar del tiempo pasado, yo no tendría ningún reparo en ponérselo a mis alumnos como ejemplo de lo que debe de ser un buen relato.

Otro acierto considerable es la definición y consideraciones sobre la entrada en las noticias. Está llena de consejos por la vía negativa, como el no usar nunca cláusulas subordinadas al principio de una frase y otros acuerdos como la recomendación de no usar citas.

Muy interesante es la distinción que hace de los géneros periodísticos, insistiendo en su diferenciación, ya que de no ser así existe el riesgo de su devaluación. Aboga porque algún tipo de informaciones, muy largas, tengan algún tipo de comentarios, no camuflados y emitidos por personas de alta cualificación en la materia de que se trate.

Viene al final su parte filosófica en torno a Internet, que ha creado una falsa democracia de la información gracias a la cual los lectores pueden hacerse con cantidades inconmensurables de información sobre cualquier tema imaginable que alguien tendrá que filtrarla, comprobarla, cuestionarla y presentar unos resultados tan dignos de confianza como sea posible. ¿Y quién se encargará de estas tareas? ¿El periodista universal?

Al terminar el libro se hace corto y con sus partes de simplicidad y sus grandes aciertos, no estaría mal que lo repasaran tantos y tantos redactores como hay hoy en día en las redacciones. Podrían aprender muchísimo.